

Cuando las escuché cantar

Natalia Vallejo Alzate

Eran las cinco de la tarde de un día martes cualquiera, de un inolvidable agosto. El cielo estaba nublado como es típico en el Pacífico colombiano. El agua cálida y el océano, se compadecían de mí al dejarme disfrutar su inmensidad y belleza.

Ajusté mi careta y después de contar hasta tres me sumergí. No veía nada. Todo estaba totalmente oscuro y antes de que el miedo a la deriva se apoderara de mí, las escuché...mi corazón de inmediato se aceleró, cada milímetro de mi piel las sintió.

Después de unos segundos mi cerebro advirtió que si las escuchaba tan claro es porque estaban cerca; así que abrí los ojos como si se fueran a salir de sus orbitas y comencé a girar, seguía sin ver nada pero ellas continuaban cantando para mí. Esa noche me arrulló la lluvia y el movimiento de las palmeras agitadas por el inclemente soplar del viento.

Desperté y al mirar por la ventana descubrí un maravilloso sol que calentaba la montaña y le daba visos de colores al mar. Ese día me dediqué a descubrir lo salvaje y vivo que puede ser un pequeño pedazo de tierra en medio de tal inmensidad.

Al caer la tarde caminábamos por la playa cuando alcancé a oír que unos niños pedían auxilio. Quizás por mirarlas, el mar se los quería robar y sus pequeños brazos y piernas no les alcanzaban para regresar a tierra.

Jack mi compañero, les gritó desde la orilla guiándolos para salir. Pero vimos que faltaban dos de ellos; nos quitamos los zapatos, dejé mis gafas junto a una roca y nos lanzamos a nadar. Sentía que nadaba un metro y el mar me devolvía dos, cada que la ola subía la perdía de vista. Irónicamente era literal que no la veía, gracias a una miopía que me acompaña desde pequeña. Le grité a Jack quien me guió en su dirección y se fue por el otro niño.

Era como si el océano se hubiera enamorado de ellos y no los quisiera devolver; cada vez más lejos de la orilla, cada vez más oscuro, cada vez más fuerte la siguiente ola. Hasta que llegué a su lado y pude ver que una pequeña de apenas doce años, de cabello rubio y rizado, se esforzaba por mantener su cabeza fuera del agua.

Al verme estiró sus brazos para aferrarse a mí, me alejé y le dije:

– No me cojas, yo te sujetaré. Confía en mí. De inmediato la niña se hundió, me sumergí y estiré mis brazos. No se veía nada, no se escuchaba nada, pero la

encontré. Apoyé su cuerpo en mi pecho y caderas, saqué su cara del agua, la puse mirando al cielo y nadé...

Cuando llegué a la orilla, después de una eternidad, la acostamos en una camilla. Respiraba con dificultad, sus labios estaban azules y ya sus mejillas no tenían color.

Corrimos con ella a una pequeña enfermería con algunos insumos y sin quien la atendiera; Jack apareció con un dispositivo de oxigenación de emergencias para equipos de buceo. Le pusimos la máscara y poco a poco empezó a abrir sus ojos. Jack y yo nos miramos con alivio pero sin liberar la preocupación ¿Qué hacer con un niño en paro en una isla? Empezamos a frotarla para darle calor y estimularla para que estuviera alerta. A medida que pasaban los minutos la niña recuperó la conciencia y mejoró su respiración. Aun no entiendo cómo corríamos por la playa descalzos sin sentir debajo de nuestros pies, la infinidad de corales, caracoles, coquitos, piedras y demás puntiagudos elementos que forman la playa.

Esa noche no pude dejar de llorar. Temí por un minuto que la perdería y jamás me lo hubiera perdonado. Me enojé conmigo, con mis ojos, con el mar y me prometí no volver hacerlo. El día antes de irme me sumergí de nuevo en el océano. Esta vez un poco más profundo y él me mostró todos sus colores, infinidad de pececitos y una hermosa, gigante y elegante tortuga.

Tomé esto como una disculpa, y entonces las escuché de nuevo. En ese momento me dejé llevar, cerré mis ojos y floté. Cuando salí a la superficie pude verlas.

Levantaban cada una sus aletas como si me saludaran, y luego, las dejaban caer sobre el agua. Entonces, entendí como que ellas me perdonaban...